

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Tema: En torno a la historia de Caracas.

6 de julio de 1967

Señor Director,

Señores Académicos,

Señoras, Señores:

Profundo y vivo es el reconocimiento que me ha producido el alto honor que me habéis concedido al designarme para ocupar un sillón en esta ilustre Academia. A falta de otros títulos podéis contar con mi resolución de contribuir en la medida de mis fuerzas a las labores, cada vez más valiosas, que ha venido desarrollando la Academia desde su fundación.

Me habéis destinado el sillón letra "N" en el cual me han precedido antecesores muy destacados en nuestro mundo cultural: Andrés Antonio Silva, Manuel Fombona Palacio, Rafael Villanueva Mata, Enrique Bernardo Núñez y Carlos Manuel Möller. Los dos últimos, estrechamente vinculados a la historia de Caracas, fueron amigos y compañeros míos de toda la vida.

Enrique Bernardo Núñez, sin haber olvidado su Valencia nativa, se entregó de lleno a los estudios capitalinos. Sus investigaciones sobre la historia caraqueña, que comprenden no solamente sus numerosos escritos, como "La Ciudad de los Techos Rojos", "Calendario Caraqueño", "Figuras y Estampas de la Antigua Caracas", "La Quinta Anauco, Fuentes y Jardines de Caracas", los Prólogos y notas a varios tomos de las "Actas del Cabildo", y muchos otros, sino también la publicación de numerosos documentos en la "Crónica de Caracas", constituyen tal vez la obra más valiosa y fundamental de la historia de la ciudad, y son de indispensable consulta en ese campo. La exactitud meticulosa de sus datos jamás le impidió tener la visión global del verdadero historiador, a lo cual se une la limpidez extraordinaria de su prosa, llena de encanto y de fluidez, pues Enrique Bernardo, como es sabido, fue también literato sobresaliente. Tuvo un carácter firme y recto hasta en sus actuaciones en el Servicio Diplomático. No conoció ninguna mezquindad en sus juicios, y fue abiertamente generoso en su apreciación de la obra de los demás. Era hombre de gran sensibilidad y fue un verdadero amigo de sus compañeros. Su recuerdo vivirá siempre con nosotros.

Carlos Manuel Möller fue también persona llena de dignidad, integridad y devoción por la historia. Su campo predilecto fue el del anticuario y llegó a ser una de las más altas autoridades en la materia. Profesor de Arquitectura pre-colombina en la Universidad Central de Venezuela, se dio por entero a estas disciplinas. Su obra escrita es de un valor extraordinario. Quien necesitara algún dato acerca de nuestras antigüedades acudía a Carlos Manuel Möller como quien ocurre a una obra de consulta, e invariablemente obtenía en el acto la información más extensa y precisa, pues él tenía en su memoria admirable no solamente lo que se le pedía, sino todo lo que complementaba la cuestión, hasta dar un cuadro cabal de insospechadas ramificaciones. Su discurso de incorporación a la Academia y sus "Páginas Coloniales" serán siempre obligadas obras de consulta. Entre sus colegas y entre sus amigos ha dejado un vacío doloroso.

A ambos ilustres predecesores seguramente les hubiera gustado leer, con motivo del actual cuatricentenario, una monumental historia de Caracas como aún no se ha escrito y como tal vez no se escribirá nunca. Una historia que comenzara con el relato de todos los sucesos y las acciones de sus personajes, narrados con arte y con vitalidad, pues la historia comienza con el recuerdo de lo acaecido. Es esa la materia prima del historiador. En esto estamos de acuerdo con los autores más antiguos y con los más modernos; con Herodoto y con Bloch. La historia, ante todo, es narración. Aquel buen señor Grullo diría que si no hubiera pasado nada no habría historia.

La valiosísima investigación de las causas y los móviles, la aplicación de leyes sociales o biológicas, las interpretaciones y los juicios, la formulación de sistemas y teorías, son actividades posteriores, que no pueden tener otro origen o fundamento que la consideración de los sucesos.

A veces nos sorprende ver cómo la consideración de unos mismos hechos lleva a conclusiones a veces tan diversas. El nacimiento, el desarrollo y la caída de las civilizaciones conduce a Spengler a escribir su obra monumental,¹ y ese mismo estudio lleva a Toynbee a otro monumento de historia, del todo diferente.² Y nos preguntamos cuál de los dos está en lo cierto. Y Henri Frankfort, en una crítica breve y certera, como todo lo que escribió el sabio holandés, nos señala que tanto Spengler como Toynbee han errado.³ Sin embargo, releemos la "Decadencia de Occidente" y nos vuelve a parecer una obra convincente, de modo general. Y

¹ Oswald Spengler. *La Decadencia de Occidente*. Versión española. 4 vols. Calpe. Madrid. 1925.

² Arnold Toynbee. *A study of History*. 10 vols. Oxford University Press. London. 1956.

³ Henri Frankfort. *The Birth of Civilization in the Near East*. Doubleday & Co. New York. 1958.

al releer el "Estudio de la Historia" creemos que Toynbee está en lo cierto. Y al leer de nuevo a Frankfort ya no sabemos dónde está la verdad. Esto nos recuerda a aquel físico inglés que, ante el dilema contemporáneo acerca de si la luz es vibración o si es emanación, dijo a sus alumnos: la luz, los lunes, miércoles y viernes es vibración, y los martes, jueves y sábados es emanación.

La verdad está en los hechos. Las teorías y sistemas son *creaciones* a posteriori, y a veces a priori, de los autores, y pasan con la moda de los tiempos. Cuando leemos hoy una de esas obras de ideas anticuadas, poco interés nos despiertan sus conclusiones. Por ejemplo, un autor con razón olvidado, como Bossi en su breve estudio acerca de Cristo,⁴ que es un libro hijo de un positivismo fanático y anticlerical, de la época de oro del determinismo del siglo pasado, nos ofrece interpretaciones y juicios hoy inaceptables, pero su documentación, sus hechos, son verdades firmes, y es lo único que se salvaría de su escrito. Hechos que, dicho sea de paso, también se encuentran en otras obras. Esto nos lleva a la conclusión de que lo único indiscutible verdadero en la historia son los sucesos. Las interpretaciones y conclusiones podríamos considerarlas como enriquecimiento o aclaraciones al cuerpo de los hechos. Y nosotros preferimos una historia que nos dé el relato vivo de lo sucedido, junto con las interpretaciones. Las obras que nos dan los complementos sin el relato, se parecen a un traje colgado de un clavo. Nosotros preferimos verlo en el cuerpo de una persona viva. A esto podríamos agregar que algunas interpretaciones del pasado son como profecías hacia atrás, que nos dejan siempre en la incertidumbre, mientras no podamos comprobar su realidad.

Pero volvamos al libro que hemos imaginado para conmemorar nuestro cuatricentenario.

En esa hipotética historia de Caracas figurarían, desde luego, los momentos más importantes de la ciudad. Los momentos más trágicos, como los grandes terremotos y la guerra a muerte, las pestes del siglo XVII o la epidemia de 1918; sus momentos más gloriosos, como el 19 de abril y el 5 de julio; los de mayor sublimidad, como la consagración del Libertador en 1813; los de mayor dignidad, como la actitud de Vargas ante Carujo; los más heroicos, como el sacrificio de Alonso Andrea de Ledezma. Y figurarían allí también, junto a los estadistas y los guerreros, los sabios y los artistas, los educadores y los religiosos, los financistas y los artesanos, y hasta sus humildes tipos populares, pues todos ellos, de un modo o de otro, han

⁴ Emilio Bossi. *Christo nunca existiu*. Versión portuguesa. Edición de Francisco Luiz Gonçalves. Lisboa, 1909.

contribuido a la formación del alma caraqueña.

Es perfectamente comprensible y lógico que se conozcan primero las grandes figuras y los grandes sucesos. La figura de Simón Bolívar trasciende los límites de la historia caraqueña y de la historia nacional, para integrarse a la de la humanidad, pues su obra cambió la historia universal. Pero en niveles más modestos pueden hallarse humildes caraqueños que merecen un recuerdo por una u otra causa, pues a veces una pequeña iniciativa, al parecer intrascendente, puede convertirse, al correr de los años, en la base de un insospechado desarrollo. Uno de esos modestos personajes era Don Bartolomé Mejía de la Canal, caraqueño del siglo XVI; caraqueño por adopción, pues los primeros caraqueños, los que hicieron la ciudad en sus comienzos, forzosamente habían nacido en otra parte. Bartolomé de la Canal era sacerdote; era cura; vicario de la iglesia parroquial de Santiago de León. Es un personaje sin historia. Ha debido de tener, sin embargo, una relativa importancia en la población, porque el Licenciado Francisco Rodríguez de Toro, procurador general del obispado, le otorgó un poder general el 5 de abril de 1600, lo que es una clara muestra de confianza.⁵ Y el mismo Don Bartolomé confirió a su vez poder a dos procuradores de la Audiencia de Santo Domingo para todos sus pleitos, en especial el que tenía pendiente con los frailes del Monasterio de San Jacinto y Fray Pedro de Carmona, guardián del Convento de San Francisco.⁶ Nuestro Don Bartolomé hacía de vez en cuando alguno que otro negocio, de que nos quedan indicios, pues vendió a Don Luis de Rojas, cuando ya éste no era Gobernador, en 1597, una negra esclava.⁷ Y el alguacil mayor Don Juan Tostado de la Peña se obligó a pagarle, el 8 de noviembre de 1597, en nombre de Francisca de Rojas, la suma que la señora le adeudaba como importe de 17 mulos que Don Bartolomé le había vendido.⁸

Cuando los corsarios de Amyas Preston, en 1595, descendieron de la cordillera hacia la sabana de Ñaraulí y entraron a la ciudad y la incendiaron, quemaron también la casa de Don Bartolomé, y éste tuvo que contratar a Juan Pérez de Valenzuela para que la reedificara. Esto le costó la suma de 104 pesos, que era una cantidad muy regular entonces, y que el sacerdote la cubrió en tres plazos, pues los pagos por cuotas no son tan modernos como muchos piensan.⁹ En 1603 Bartolomé de la Canal fue nombrado Gobernador eclesiástico y provisor.¹⁰

⁵ *Protocolos del Siglo XVI*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1966. pág. 237.

⁶ *Protocolos*. Pág. 250.

⁷ *Protocolos*. Pág. 168

⁸ *Protocolos*. Pág. 169

⁹ *Protocolos*. Pág. 132

Pero en toda su vida, y a pesar de los cargos de confianza que le otorgó la iglesia, el hecho de mayores consecuencias de toda su existencia fue una acción pequeña, de muy escasa importancia al parecer, pero que tuvo desarrollos extraordinarios al correr de los años. Y fue que el Padre de la Canal puso en servicio el pequeño órgano de la iglesia; acaso fue él mismo quien lo adquirió. Solicitó quien pudiera tocarlo y contrató para eso, en 1591; a Melchor Quiniela.¹¹ Esta iniciativa, que no la tuvieron en Coro, sede del obispado, fue el germen de toda la música de la colonia. A través de la historia puede seguirse paso a paso el crecimiento musical desde ese momento, pasando por la escuela de la Catedral en 1640, la creación de la maestría de capilla, las ampliaciones de la tribuna musical, hasta culminar en el grupo incomparable de nuestros grandes compositores de finales de la colonia. Nadie hubiera podido prever, en 1591, los resultados que tendría, doscientos años más tarde, la modesta idea del vicario de la iglesia parroquial de Santiago de León. Bartolomé de la Canal murió en Caracas, probablemente en 1606.¹²

Nuestra historia revelaría también que no todo en los primeros tiempos fueron combates y actos de barbarie. Junto a la horrorosa muerte de Tamanaco, destrozado por "Amigo", el perro sanguinario de Garci González de Silva;¹³ junto a la mano cruelmente cercenada de Sorocaima, había en Caracas vecinos de otra índole, como Don Juan de Ponte, que trajo para la ciudad en 1603 muchos árboles frutales de España, desconocidos aquí y que no eran los que nombra Don Juan de Pimentel.¹⁴ Ponte plantó una huerta donde Catuche desemboca en el Guaire, y aunque el Cabildo le quitó las tierras el 13 de abril de 1608, en esos cinco años sus árboles crecieron y se multiplicaron, y hoy tenemos nosotros frutas que de allí provienen.¹⁵

Y había gentes sencillas, como el sastre Hernando Bermudo, que habitaba con su mujer en la calle que va de San Francisco hacia el Guaire, allá por 1590. Bermudo, en los ratos que le dejaban libres sus tareas de sastrería y la atención de sus tierras situadas no lejos del río Macarao,¹⁶ se dedicaba al cuidado de sus rosas. Enamorado de ellas, llegó a tener tan hermosa y olorosa rosaleda, admirada por todos, que hasta en las direcciones ciudadanas se

¹⁰ *Actas del Cabildo Eclesiástico*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, págs. 35-36. Y Monseñor Nicolás E. Navarro. *Anales Eclesiásticos Venezolanos*. Caracas, 1929. pág. 53

¹¹ *Actas del Cabildo de Caracas*. Tomo I. Caracas, 1943. pág. 196

¹² *Actas del Cabildo Eclesiástico*. Pág. 44

¹³ Isaac J. Pardo. *Esta Tierra de Gracia*. Caracas, 1955. págs. 233-234

¹⁴ *Actas del Cabildo de Caracas*. Tomo II. Pág. 142

¹⁵ *Actas del Cabildo de Caracas*. Tomo I. págs. 287

¹⁶ *Actas del Cabildo de Caracas*. Tomo I. págs. 384

le mencionaba, y se decía "frente al rosal de Bermudo", "junto al rosal de Bermudo",¹⁷ porque todos lo conocían.

Y había hombres magnánimos, que por magnánimos no se mencionan, como el gobernador García Girón, que dio órdenes de someter por las buenas a los jirajaras rebeldes, y algunos historiadores que parece que no les atrajeran sino los hechos violentos y criminosos, saltan por sobre su nombre, como si no hubiera existido.¹⁸

Y en algún rincón de la pequeña ciudad vivía el misterioso poeta Ulloa, soñando con su epopeya inconclusa.¹⁹ Ulloa, que era poeta y soldado como Garcilaso de la Vega. Y vino con Losada el Capitán Diego de Henares, el primer urbanista de Caracas, quien no solamente trazó y niveló las calles de la población, sino que también midió y señaló las tierras labrantías de los alrededores.²⁰

Y vino a establecerse aquí en 1604 Don Miguel Gerónimo, el primer médico que aquí se avecindó,²¹ pues antes nuestros enfermos tenían que acudir a yerbateros y curiosos, ya que el "venerable" Diego de Montes, que vino con Losada, prosiguió por otros lados su vida andariega.²²

Y en nuestra historia habría sitio también para recordar a Ambrosio Tristán, el más humilde e insignificante de los que hemos nombrado. Pues en Caracas, en aquellos remotos tiempos, había casas más ricas o más pobres, pero casas al fin. No había ranchos sino en los campos, en las minas cercanas y en las sedes indígenas. Por lo menos así se denominan en los viejos documentos. Y comparece Tristán ante el Cabildo el 12 de marzo de 1605, y dice que él es tan pobre que no ha podido guardar dinero alguno, que todo lo que gana se le va en alquileres de casa, y pide que le permitan hacer un ranchito en la ciénaga que está junto a la casa de González el zapatero. El Cabildo accedió a la solicitud, y así surgió en Caracas el primer rancho de su historia.²³

Muchos y muchos personajes más desfilarían por las numerosas páginas de esa historia: el loco Saturnino a quien llamaban "Ropasanta"; Manuel Barbosa a quien por su amaneramiento al hablar llamaban "Curazado", uno de los fundadores de nuestros "Nacimientos" y "Jerusalenes"

¹⁷ *Actas del Cabildo de Caracas*. Tomo I. págs. 384.

¹⁸ Luis Alberto Sucre. *Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela*. Caracas, 1929. p'ag. 108.

¹⁹ *Actas del Cabildo de Caracas*. Tomo I. págs. 298.

²⁰ Carlos M. Möller. *Páginas Coloniales*. Pág. 22. *Encomiendas*. Tomo V. Caracas, 1949. págs 276, 277; 290 y 291

²¹ Ricardo Archila. *Historia de la Medicina en Venezuela. Época Colonial*. Caracas, 1961. págs. 3

²² Archila. *Ob. cit.* Págs. 6, 7 y 8.

²³ *Actas del Cabildo de Caracas*. Tomo II. Págs. 247 y 248.

tradicionales; Carlos del Pozo, precursor de nuestros electricistas; Juan José Landaeta y Juan Bautista Olivares luchadores por la regeneración de los pardos. Y además de éstos, estarían, desde luego, en primer plano, todos nuestros grandes hombres, los que todos conocemos y admiramos.

A lo largo de los siglos, Caracas ha sabido servir a la nación en su función de capital del país. Y decimos así, porque a esto lo consideramos un servicio, y no muy envidiable en algunos momentos.

Fueron razones geográficas las que movieron a las autoridades á trasladar aquí la sede del gobierno. La montaña de Gabriel de Ávila, que protegía contra corsarios y bucaneros; el clima, de mayor benignidad; la fertilidad de las tierras circundantes. Andando el tiempo, como nuestra historia lo señalaría, Caracas fue aglutinando poco a poco las diversas índoles de nuestras regiones. Porque a veces se nos antoja que nuestra nación puede parecerse a un organismo humano, que tiene un sistema nervioso, y un sistema sanguíneo, uno respiratorio y otro digestivo; óseo o muscular. Todos son necesarios y ninguno podría subsistir por sí solo. Nuestras regiones son diferentes. Un merideño y un oriental; un guayanés y un tachirenses distan mucho de ser iguales. Sabemos que el medio físico tiene una influencia de primera clase en la formación del carácter de los habitantes, y en Venezuela hay grandes diferencias en el medio físico de nuestras regiones.²⁴

Los pueblos fronterizos tienden a ser belicosos; los nómadas son conquistadores, como lo demostraron nuestros llaneros. La ciencia de hoy nos dice que esos efectos de la ecología se observan, de manera principal, pero no exclusiva, en el organismo físico del hombre. Nuestro caudal hereditario, nuestra herencia biológica, en lo que respecta a la psiquis del hombre, no nos da el carácter, lo que nos da es una cierta manera de reaccionar ante el medio o ante los sucesos. De manera que el carácter se forma con esos dos elementos que Francis Galton llamó, cuando empezaban a hacerse estos estudios, "natura" y "nurtura", entendiéndose por "natura" lo congénito y hereditario, y por "nurtura" las condiciones en que se vive. Si Galton hubiera vivido hoy, cuando estas ciencias han progresado tanto, quizás no hubiera inventado una palabra tan fea como "nurtura", que a veces todavía aparece en los tratados modernos.

²⁴ Para todo este asunto nos hemos documentado principalmente en L. C. Dunn y Th. Dobzhansky. *Herencia, Raza y Sociedad*. México, 1956. G. Pittaluga. *Temperamento, Carácter y Personalidad*. Versión española. México, 1958. C. Kluckholm. *Antropología*. México, 1958.

Pero esta monumental historia nuestra que aún no se ha escrito y que tal vez nunca se escribirá, señalaría también la otra fuente importantísima de la formación mental de los pueblos, que es la herencia cultural, la cual llega a nosotros no por las vías biológicas sino por nuestra formación desde niños dentro de un caudal de usos y costumbres, de tradiciones y aspiraciones, de creencias y experiencias. Aquí está probablemente la fuente principal de formación del carácter de los pueblos, y a esto se unen como elemento de primera clase, las experiencias por las que se ha atravesado, experiencias que dejan huella en la personalidad, lo que es lo mismo que decir la historia por la que pasamos, las incidencias del vivir. Así como la psicología de un niño, cuya infancia transcurre apacible en un hogar ordenado, es muy distinta a la de otro que ha presenciado, por ejemplo, un terremoto espantoso e inolvidable; así mismo un pueblo que en su infancia vio llegar el horror del tirano Aguirre y presenció su muerte, como le tocó a Barquisimeto, y que además conoció los desmanes de Carvajal y los feroces alzamientos de los jirajaras, es un pueblo diferente, por ejemplo, del guayanés que semiaislado del resto del país por el caudal del Orinoco, padeció las incursiones de Raleigh y otros aventureros, y también soñaba con los tesoros del Dorado entre la selva impenetrable, refugio misterioso de los dioses aborígenes.

Y hemos aludido a acontecimientos antiguos, porque tal vez sucede con los pueblos lo mismo que con los individuos, que es en la primera infancia donde es mayor el impacto de los hechos y donde se forman las características angulares de la personalidad. Y no pensemos que esas historias remotas se olvidan y desaparecen. Toynbee ha expuesto claramente esas supervivencias, sobre todo cuando hace referencia al Califato Abasida en su relación con el Imperio Aqueménide,²⁵ y el ilustre historiador Gautier, al hablar de las rivalidades entre árabes y Kabilas, dice esta frase admirable: "No es necesario conocer el pasado para que éste pese con fuerza sobre el presente. El pasado deja en el fondo del inconsciente instintos más poderosos que los recuerdos precisos". Y más adelante agrega: "aquí, como en todas partes, es el pasado el que nos hace comprensible el presente".²⁶

Este vasto y complicado estudio nos dejaría ver claramente por qué Coro y Maracaibo no se unieron al principio al movimiento de independencia; por qué Guayana sí se unió, y volvió

²⁵ Toynbee. *Ob cit.* Volumen I, pág. 77.

²⁶ E. F. Gautier. *Le Passé de l'Afrique du Nord. Les siècles obscurs.* París, 1952. pág. 438. « Mais le passé n'a pas besoin d'être connu pour peser lourdement sur le présent il laisse au fond de l'inconsciente des instincts plus puissants que des souvenirs précis ». Y en la pág. 440. « Ici, comme ailleurs, c'est le passé qui rend le présent intelligible ».

atrás, y después regresó; por qué los merideños tienden al humanismo clásico; por qué en Margarita sobran las cárceles; por qué Guayana vaciló una vez más al fin de la Guerra Federal. Y quién sabe si traerán cambios en la actitud mental de zulianos y guyaneses los dos monumentales puentes que hoy facilitan su unión al resto del país; y los llaneros hacen hoy sus vaquerías principalmente en "jeeps", y para trasladarse en las sabanas usan la bicicleta, en vez del caballo del nómada, lo que pudiera traer también, a la larga, un cambio de actitud mental. Y no habría que entrar a dilucidar si son las épocas las que producen sus grandes hombres, o si son los grandes hombres los que producen las épocas, porque esto, del todo insoluble, nos recuerda el infantil dilema del huevo y la gallina.

Pero sí leeríamos en esas páginas, cómo esos diversos caracteres, desde los extremos de la rosa náutica, han convergido hacia Caracas y la han escogido para que sirva de crisol en la fusión de la nación total, lo que se vio de manera clara por primera vez en la reunión de los Cabildos de 1589.

Los grandes valores de la provincia cuando vienen a la capital pueden irradiar su importancia desde aquí, no sólo a su provincia nativa, sino a todo el país, y Caracas, cumpliendo su cometido de servir, los ha acogido siempre sin reserva alguna y los ha encumbrado hasta donde su propio valer lo ha consentido.

El Oriente del país, que quedó política y militarmente unido al resto del país en 1777, tenía sus residuos de administración aparte, que databa de los días de Cubagua y de la Nueva Córdoba, y que se dejaron sentir en el congresillo de Cariaco, en todo el asunto de Piar, aunque éste no era oriental, y en más de una vacilación de Marino y de Bermúdez. Pero en la presidencia de los Monagas, Caracas se llenó de orientales y aquí se fundieron con la nación de todos, como se fundieron más tarde los corianos de Falcón, los llaneros de Crespo y los andinos de Cipriano Castro. Hoy, son, todos ellos, dueños de su patria grande, sin distinción alguna.

Y por último, ya que el futuro no es terreno exclusivo de los videntes, pues alguna pequeña parte le toca a la historia, por lo menos al señalar las tendencias visibles, tal vez nuestro libro inexistente aludiría al despertar contemporáneo de toda esta parte de la tierra, que anuncia nuevos tiempos para una humanidad distinta, donde la América nuestra será quizás el eje del mundo, y si estas son fantasías desproporcionadas, bien podemos soñar con ellas, porque después de todo el historiador es siempre un ser humano